

# HISTORIAS DEL VEINTIDÓS

MARÍA JOSÉ ALMAGRO ORTIZ  
CONCEPCIÓN ANDRÉS ORTEGA  
IREL FAUSTINA BERMEJO HERNÁNDEZ  
ANTO GAMBÍN CAMPILLO  
JOSÉ MIGUEL GARCÍA AVILÉS  
VICTORIANO GARCÍA GUILLÉN  
PILAR GARCÍA LÓPEZ  
JOSÉ GÓMEZ LARROSA  
RAFAEL GÓMEZ SALES  
MARÍA DE LA O GUILLÉN SÁNCHEZ  
MERI MARTÍNEZ MARTÍNEZ  
JOSE MORENO SÁNCHEZ  
ADELAIDA ROMERO RODRÍGUEZ



# HISTORIAS DEL VEINTIDÓS

MARÍA JOSÉ ALMAGRO ORTIZ  
CONCEPCIÓN ANDRÉS ORTEGA  
IREL FAUSTINA BERMEJO HERNÁNDEZ  
ANTO GAMBÍN CAMPILLO  
JOSÉ MIGUEL GARCÍA AVILÉS  
VICTORIANO GARCÍA GUILLÉN  
PILAR GARCÍA LÓPEZ  
JOSÉ GÓMEZ LARROSA  
RAFAEL GÓMEZ SALES  
MARÍA DE LA O GUILLÉN SÁNCHEZ  
MERI MARTÍNEZ MARTÍNEZ  
JOSE MORENO SÁNCHEZ  
ADELAIDA ROMERO RODRÍGUEZ



MURCIA  
2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Historias del veintidós”

© Asociación El Retén Literario, 2019

© De los textos, sus autores, 2019

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2019

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

[www.editorialtiranobanderas.es](http://www.editorialtiranobanderas.es)  
[editorialtiranobanderas@gmail.com](mailto:editorialtiranobanderas@gmail.com)

Primera edición: mayo de 2019

IBIC: FYB

ISBN: 978 84 949731 3 0

Depósito legal: MU 483-2019

Printed in Spain - Impreso en España

## ÍNDICE

Prólogo de Paco López Mengual	7
Concepción Andrés ortega	
Grupo de WhatsApp “Autobús” .....	11
Pilar García López	
Zaherida .....	17
María José Almagro Ortiz	
Todo al rojo .....	29
Concepción Andrés Ortega	
El pasado siempre vuelve .....	53
José Gómez Larrosa	
Amarillo sobre morado .....	59
José Miguel García Avilés	
Muyambé .....	77
Anto Gambín Campillo	
El amigo .....	85
Doscientos cincuenta euros .....	89
Jose Moreno Sánchez	
Soledad, amada compañía .....	95

Irel Faustina Bermejo Hernández	
Club Avenida 69 .....	100
¡Gol! .....	111
María de la O Guillén Sánchez	
Elena .....	118
Tres cuartos de hora .....	123
Jose Moreno Sánchez	
La buscadora de historias .....	133
Adelaida Romero Rodriguez	
Nuevo pasajero .....	139
Victoriano García Guillén	
El corazón es sólo un órgano .....	146
Rafael Gómez Sales	
Adiós, señorita .....	154
José Miguel García Avilés	
Último sprint .....	168
Meri Martínez Martínez	
Bus veintidós .....	173
Rafael Gómez Sales	
El conductor .....	185

## PRÓLOGO

**A**l igual que los personajes que habitan en este libro ascienden cada día por la escalerilla del Veintidós, el lector se sube a esta historia, recorre el pasillo y busca un capítulo donde acomodarse. Y lo encuentra; porque siempre hay un personaje junto al que sentarse, alguien con quien se identifica de alguna manera, y que le lleva a querer conocerlo más durante los treinta minutos que va a durar el viaje.

El Veintidós es un mítico autobús que recorre el trayecto que une Molina de Segura con Murcia. Continuos viajes de ida y vuelta, en los que una vez alcanzado el punto de regreso, se emprende de nuevo la salida. Un gigantesco vehículo que parece castigado a cumplir una maldición bíblica con su eterno ir y venir, y que los miembros de El Retén Literario lo presentan como un ser lleno de vida y personajes, que se dedica a acarrear historias de uno a otro puerto.

En *Historias del Veintidós*, encontramos un ramillete de relatos, todos distintos, ambientados en el interior de ese autobús, en el que protagonistas de una historia, se cuelan como polizones en el mundo de otra. Fugaces figurantes en la vida de los demás.

Se trata de un libro en movimiento en el que el lector, como un viajero más, agarrado a la barra del techo del pasillo, observa al pasaje, formado por un variopinto elenco de personas de todas las edades, razas

y extracción social; gentes que suben o descienden de ese autobús lleno de emociones, miedos, sueños y reencuentros. Nunca un vehículo ha estado tan colmado de vida interior. Y también de exterior; porque el Veintidós resulta una atalaya desde donde mirar el mundo. A través de la ventanilla, el lector va descubriendo puticlubes, centros de extranjería, fábricas, almacenes, estaciones de viajeros, cementerios, centros de radioterapia, universidades y hasta islas que un día sirvieron de cobijo a piratas berberiscos y que ahora emergen, en vez de en el mar, en mitad del asfalto. Un mundo que, como una película, pasa ante las ventanas de uno y otro lado del autobús.

Tras las bambalinas de este libro se encuentran trece autores, con trece estilos diferentes de narrar. Nos encontramos ante un conjunto de historias, que viajan en el interior de un autobús y firmadas por los escritores Rafael Gómez Sales, María de la O Guillén Sánchez, Josefa Moreno Sánchez, Victoriano García Guillén, Ireifaustina Bermejo, Pilar García López, Emérita Martínez Martínez, María José Almagro Ortiz, Concepción Andrés Ortega, José Miguel García Avilés, Anto Gambín Campillo, Adelaida Romero Rodríguez y José Gómez Larrosa.

En *Historias del Veintidós*, como hiciera Sherezade en *Las mil y una noches*, los miembros de El Retén Literario podrían haber seguido embelesándonos con sus narraciones evitando que nos bajásemos del autobús en nuestra parada, impidiendo que el trayecto llegara a su fin. Porque, sin duda, en el Veintidós caben mil y una historias más. ¡Que siga el viaje!

Paco López Mengual



Los personajes y hechos retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.



## GRUPO DE WHATSAPP “AUTOBÚS”

Por el barrio del Sifón camina a paso ligero Marta, odia el invierno, sobre todo enero, lo aborrece por su oscuridad, por tener que ir por las calles tan tristes a las siete y cuarto de la mañana. Nunca le gustó la noche y mucho menos después del atraco que sufrió... Hace un año de aquel suceso pero no consigue desterrarlo, se ha atrincherado en su mente, en el rincón de los miedos, de los prejuicios y ni su fuerza de voluntad ni su valentía pueden con él.

Aquella noche tuve un presentimiento pero no quise hacerle caso, no quise ver lo que estaba a punto de pasarme, las evidencias las obvié. El atracador venía en el mismo bus, era el último de la jornada, aunque no era muy tarde la lluvia hizo que a esa hora las calles estuvieran desiertas. Él se dirigió a mí, con mucha educación, y antes de llegar al pueblo me dijo que si le podía dar dinero, necesitaba recargar su móvil para poder así llamar a su familia. Su abuela había fallecido y lo esperaban para el entierro. Entonces le dije que dinero no le daba que podía hacer una llamada desde el mío, su cara de sorpresa fue alucinante, no se esperaba mi respuesta, aunque yo dudaba, quise ayudarle, quizás me tocó la vena sensible porque mis ancestros son sagrados. Cuando llamó no fue precisamente a un funeral porque enseguida, como si yo fuera invisible, se puso a reír y soltar carcajadas. Automáticamente le

pedí que me lo devolviera y puso mala cara, sus buenos modales iban desapareciendo por momentos, como la luz en un eclipse solar. Cuando me levanté para bajar él también se incorporó, en ese momento me tendría que haber quedado y esperado a la siguiente parada pero no lo hice. Descendieron dos personas más, todos abrimos los paraguas menos el muchacho que caminaba detrás, la lluvia empezó a empapar su rostro al igual que sus intenciones. Cuando giré escuché sus pasos y mi corazón empezó a desbocarse. Pasé por el portal de una amiga, debería haber entrado pero no, seguí como una corderita. Al llegar a la altura de unas casas en venta se abalanzó, me aprisionó contra la pared recibiendo un fuerte golpe en la cara, el paraguas salió volando como mi fe de que todos los seres humanos son buenos: —¿A que ahora sí me vas a dar el Smartphone y todo el dinero que llevas? —me espetó mientras sus palabras salpicaban mi rostro.

¡Ya está bien! No puedo estar recordando continuamente ese desgraciado suceso. Tengo que pensar en positivo... Qué buena idea he tenido formando el grupo con mis nuevas amigas del autobús. Hemos congeniado de maravilla y es una suerte que compartamos el horario de mañana, así tenemos algunas tardes para quedar de vez en cuando. Consuelo siempre está al tanto de conferencias, conciertos, películas gratis y demás eventos; mañana a las siete vamos al Paraninfo a ver una obra de teatro.

En la estación de autobuses hay varios pasajeros que dan pequeños saltitos para evitar que se hielen los pies, además nadie osa sentarse porque en los bancos congelados hay peligro de coger cistitis, sólo un sin techo usa un cartón grueso a modo de cojín, todos se preguntan dónde habrá pasado la noche y qué día le espera, cuando para hoy dan la temperatura más baja de la tempo-

rada. Antes de que llegue el autobús veintidós, Marta escucha la melodía de la gota de agua que anuncia un nuevo WhatsApp y se dispone rápidamente a leer.

Vale, hoy Teresa no viene, que pena que su hija haya vuelto a recaer, debe estar muy preocupada porque en un mes lleva varios tratamientos a base de antibióticos y ninguno ha funcionado. A veces me da por pensar hasta qué punto tanta medicación es más que contraproducente. Yo no tengo hijos y no sé lo que haría. Menos mal que Teresa es funcionaria y puede disponer de licencia para cuidar de su hija. Si yo se lo dijera a mi jefe, la primera vez me pondría mala cara, la segunda miraría hacia la puerta y a la tercera ni se me ocurriría decir nada.

Mientras sube al autobús veo que entra corriendo en el recinto Inés. Últimamente llega con el tiempo más que justo, su madre, hace unos meses que enviudó y está viviendo con ella, lo que iba a ser unos días tiene visos de eternizarse. Del grupo, Inés es la más joven y creativa. Su ropa se la diseña reciclando ropa de segunda mano, le encanta transformar y adaptar las prendas a su forma de ser, alegre, comprometida, yogui y súper ecológica.

No sé qué voy a hacer. El duelo mi madre no lo lleva nada bien, siempre ha sido bastante independiente, luchadora y se ha vuelto frágil, sin iniciativas, dependiendo totalmente de mí. No acepta mis consejos, no quiere relacionarse con otras viudas y ya no sé como animarla. Estoy deseando que pase el invierno y espero que con el buen tiempo mejore su ánimo. Mis amigas me dicen que tenga paciencia, que cada uno lleva su duelo de forma particular y el primer año es el peor, que si luego dura más de dos ya hay que empezar a preocuparse. Siempre he admirado profundamente a mi madre, desde muy pequeña me inculcó que tenía que

ser autónoma por encima de todo, su frase preferida era que había muchas princesas que nunca comerían perdices, con eso me lo decía todo.

Inés da un fugaz beso a su amiga y le guardan un asiento a Consuelo que sube en la próxima parada, al lado del Ayuntamiento. Como hasta ahí no hay muchos pasajeros nunca han tenido problemas, cuando ven el bolso buscan otro sitio libre donde sentarse. Ellas, siempre que pueden, se ponen en donde coinciden los cuatro asientos que se miran entre sí. Consuelo siempre viste de forma correcta, con ropa de marca que, todos los años, compra en rebajas y su gran maletín marrón, de suave cuero, delata que es doctora. Ésta les lanza un beso con la mano a cada una y nada más sentarse empieza a quitarse ropa, la bufanda y el chaquetón lo deja en el asiento que le correspondería a Teresa.

—¿Qué, cómo llevas los pavores?— le pregunta Inés. El gesto que hace la amiga, cortándose el cuello, da por contestada la pregunta. Al mismo tiempo se percata de que más adelante va sentada Laura, su profesora de yoga. Inés acude dos tardes a la semana al centro “Buena Ventura” y cada vez que tiene ocasión intenta convencer a sus amigas de que den el salto para practicarlo:

—Os recuerdo que el yoga y la meditación debería ser obligatorio y así Consuelo tendrías menos trabajo en el hospital; además siempre salgo del centro con mi energía interior totalmente renovada. ¡Ah! y se me olvidaba el baile... Sus amigas asienten con una sonrisa.

El veintidós abandona las calles de Molina y sus polígonos para aproximarse a la Universidad de Murcia. Antes de llegar, Consuelo cierra los ojos, todavía no es capaz de mirar la rotonda de Isla Grosa donde meses atrás se vio implicada en un accidente traumático.

No sé cuándo podré contarles a mis amigas del grupo

lo que aquí me pasó, ellas creen que ahora viajo en autobús porque se jubiló la compañera del hospital con la que siempre iba, pero no es verdad. Desde ese día vivo en un pozo y no he podido ponerme al volante, tengo tal pánico que incluso cuando viajo al lado de mi marido y se cruza algún camión grito como una posesa. Esa fatídica mañana un camionero despistado se cruzó en nuestras vidas, en la de un motorista de la misma edad que mi hijo y en la mía. Él no pudo contarlo. Cuando el camión dio el volantazo lo lanzó como a un pelele de trapo sin embargo, yo pude frenar en seco y apenas me rocé con el vehículo. Si el camionero hubiera seguido dando vueltas a la rotonda hasta ponerse en el sitio correcto nada hubiera sucedido. El mundo seguiría girando y girando para ese joven y su familia. Seguiría con un proyecto de futuro, con unas ilusiones y toda una película por rodar. Estuve a su lado hasta que llegó el 112. No dejé que nadie lo moviera, ni que le quitaran el casco. Yo le cogí su mano, le levanté la visera y mirando con ternura a sus ojos de pánico le susurré palabras de ánimo sabiendo que su vida se le escapaba como el agua de un torrente en la palma de la mano.

El autobús sigue su trayecto, bordea Espinardo y enseguida enfila la avenida Juan Carlos I. Mientras, Marta observa, a la luz de las enormes y modernas farolas, como la burbuja inmobiliaria se ha comido toda la huerta y ahora sólo quedan unos pocos campos abandonados de naranjos y limoneros que se niegan a morir, sus raíces se hunden hasta el nivel freático en donde pueden saciar su sed y ahí siguen salvajes pero vivos. Lo que antes era un mapa de filas rectas y cuidadas, de un vergel de abundancia, de un trabajo laborioso de humildes huertanos, se ha convertido en solares de carteles cenicientos anunciando dúplex y pisos que ni se sabe cuando se harán.

Ese complejo a medio construir estaba en nuestra cartera, se vendieron bastantes pisos de los que luego hubo que devolver el dinero y creo que algunos no consiguieron cobrarlo. Cómo ha cambiado mi vida en estos años de la dichosa crisis. De rozar el cielo al subsuelo en pocos meses. Perdí mi empleo en la inmobiliaria, me embargaron el pisazo que tenía a mitad de pagar y el coche. Pero no me vine abajo, siempre he sido una luchadora y nadie me ha regalado nada. Como tenía buenos contactos de antiguos clientes hice uso de mi agenda para buscar trabajo hasta que conseguí un contrato, de camarera, en El Corte Inglés. El sueldo en hostelería es de los más bajos pero con las propinas me voy apañando. Ahora comparto un piso de alquiler con una amiga de la facultad y no me puedo quejar, ya no puedo viajar en crucero pero en realidad no era para tanto. Aunque tuve un sueldo y comisiones de locura, apenas tenía tiempo para disfrutarlo. Cuánta razón tiene mi abuela cuando me dice, para animarme, que no es más rico el que más posee sino el que es feliz compartiendo lo poco que tiene.

La primera en descender siempre es Consuelo, hoy lo hace junto a la profesora de yoga, las demás bajan pasada la antigua cárcel. Antes de darle a la llamada, reciben un nuevo mensaje del grupo. Teresa les anuncia que se va directamente a urgencias porque su hija tiene convulsiones. Consuelo, inmediatamente, le contesta que ella intentará avisar al especialista que la vio la última vez.

—Veis como es muy útil esto del WhatsApp —comenta Marta. Mientras tanto las tres ponen emoticonos de tristeza y ánimo.



## ZAHERIDA

*C*ogió la bufanda. La atrajo hacia sí y cerró fuertemente los ojos. Los músculos de su rostro, apretados, irradiaban una mueca de asco. De un manotazo, la apartó de su lado, como si fuese a transmitirle algo execrable.

Son las siete y diez de la mañana del 18 de Enero y odio madrugar. Espero el autobús número veintidós. El cielo, tachonado de color endrino, impide despuntar al nuevo día. Hace un poco de frío, para los demás quizá demasiado. Vivir quince años en el Norte te hace una mujer fuerte frente a las bajas temperaturas. Es el primer día que viajo en esta línea. Estaba tomando la número veintiuno, pero, he decidido cambiar a la veintidós.

En el andén de la parada hay gente de lo más variopinta: una pareja de ancianos que quizás vayan al médico, la madre con su bebé en el carrito, un hombre con mono azul, dos señoras con uniformes de una empresa de limpieza... Sin embargo destaca una chica que viste un llamativo abrigo color rojo, bolso y guantes de color negro que hace girar las miradas de los allí presentes, me la imagino como una mujer desenvuelta y sofisticada. Aunque todos tienen en común el tiritar de frío y el comentario de lo mal que lo llevan. El tema del tiempo, como es habitual, es el más utilizado para entablar

diálogos. Pero hoy, hay uno que lo supera: anoche hubo un accidente en esta misma línea; las versiones sobre el mismo suceso son, a veces, diversas y disparatadas.

Unos comentan que una mujer salió en volandas; otros que había un señor llorando en el autobús e hizo despistarse al conductor. También que el vehículo estuvo desaparecido un buen rato...

Asimismo percibo en algunos grupos cierto ambiente familiar; me gustaría tener esa camaradería en un futuro. Una chica saca un cigarrillo del bolso. Algunas personas lanzan sus miradas inquisidoras hacia ella. Lo vuelve a guardar; ya se divisa nuestro transporte. Llega casi puntual. La suave brisa invernal ha enfriado mi rostro, eso me despeja. Vamos subiendo las escaleras hasta llegar al conductor y pagar. Tomo asiento en la parte delantera, es mi preferida. El malhumor matinal parece alejarse. Está amaneciendo. El milagro del nuevo día se presenta ante nosotros a través de una luz resplandeciente que lo inunda todo. Limpio el vaho de un trocito de cristal de la ventana y veo los coches aparcados con una pátina de escarcha. La poca gente que hay en la calle camina muy deprisa, seguramente para calentarse. Es un espectáculo chocante.

Súbitamente, ceso en mi actitud contemplativa porque me sacude una punzada en el estómago. De soslayo, observo a un individuo de unos treinta años. No sé si me persigue o es casualidad, pero últimamente sube en el mismo autobús que yo y creo que me vigila. Por este motivo he decidido cambiar de línea. ¿Y si no es él? Simplemente conmoviendo la cabeza hacia atrás lo sabré. La respiración se me acelera. Giro el cuello lentamente y escudriño a todos los pasajeros, uno a uno. No... no es. O quizás se haya marchado ya...

Hemos llegado a la "capi". Todavía me encuentro algo inquieta. Habrá sido una confusión, o como dice